

En épocas pasadas los cristianos cuestionaban no sólo la verdad, sino también la “bondad” de la Biblia, es decir, su capacidad de edificación, su eficacia para una formación auténticamente cristiana. Hoy este problema lo tienen superado mejor los niños que los adultos; entienden de leguajes simbólicos y su mensaje, saben distinguir entre narración histórica y leyenda edificante. Ya en 1943 enseñaba el papa Pío XII, en encíclica que sigue siendo muy actual, que en la Biblia cabe todo tipo de géneros literarios. En la pedagogía actual procuran evitarse escenas de violencia; pero eso es tratándose de violencia entre los hombres. Todos, niños y mayores, hemos de recordar que en la vida se nos presentan valores y contravalores, y que es preciso que unos triunfen y otros desaparezcan; llevado a lo íntimo de la persona usaríamos las expresiones paulinas: “la muerte ha sido devorada en la victoria”, “lo mortal tiene que revestirse de inmortalidad” (1Cor 15,53-54). Cada uno podemos percibir cuantos Goliat de muerte siguen existiendo en nosotros mismo, a nivel personal y social, que deben ser derrotados completamente por el creyente David, que seguramente también vive en nosotros.

Muerte y vida son los valores con los que se mueve Jesús; tiene experiencia de ambas cosas y una opción decidida por la segunda. A diferencia de brujos y hechiceros de su época y de otras, Jesús nunca realiza un milagro punitivo contra un ser humano. Queda bien resumido en la frase “he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

La curación del manco tiene una connotación importante para la enseñanza de Jesús: es realizada en sábado, el día sagrado en que casi todo estaba prohibido (fuentes antiguas hablan de un rabino tan piadoso que no comía un huevo puesto por una gallina en sábado!). Pero la anécdota que se nos ofrecía ayer, y, sobre todo, la justificación que Jesús hace de la conducta de sus discípulos (“no es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre”), nos deja clara la intención pedagógica con que el Maestro de Galilea realiza sus acciones y, especialmente, sus curaciones: los mandamientos del decálogo, y la religión en general, pierden su sentido si se convierten en instrumento de opresión del hombre. La curación del manco no puede ni siquiera ser aplazada; Jesús se siente urgido a curarle ya; y lo hace de forma “provocativa”; no se va a un rincón de la sinagoga, para no “escandalizar” con su trasgresión, sino que procura que todos le vean.

La tristeza de Jesús por aquella deformación de lo religioso, y la reacción inmisericorde de algunos de los presentes, dan verdad a una expresión ya acuñada, sin duda exagerada, pero significativa: “los escribas de la época de Jesús estaban tan ocupados en la complicada interpretación de la ley que no les quedaba tiempo para buscar la voluntad de Dios”.

Vuestro hermano en la fe
Severiano Blanco cmf